

Narrativa Alejandro Zambra recrea fracasos familiares y sentimentales de los integrantes de una generación chilena, la que nació con Pinochet

La noche del terremoto

Alejandro Zambra
Formas de volver a casa

ANAGRAMA
168 PÁGINAS
15 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Formas de volver a casa nos remite, curiosamente, al título de dos novelas de Enrique Vila-Matas, *Una casa para siempre* y *Extraña forma de vida*. Cualquiera de estos títulos vale para definir esta nueva novela breve de Alejandro Zambra (Santiago de Chile, 1975), fiel a un género que cuenta con brillantes cultivadores en América Latina y que, como el cuento, tiene escasa aceptación en España.

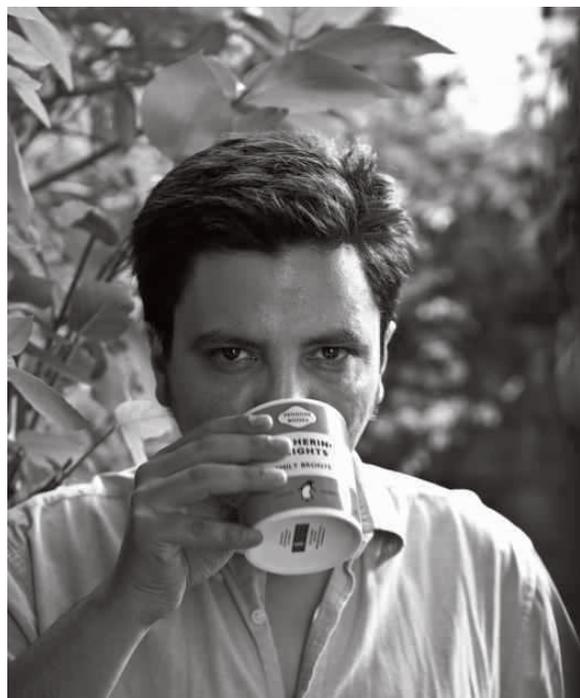
Sin ser un escritor vilamatiano, Zambra sitúa en el centro de su obra la casa, la extrañeza o anomalía y la escritura como parte de la trama: narrador, escritor y lector se confunden para tratar de delimitar un espacio que se mueve entre lo vivido y lo imaginado. Aquí el pasado tiene una presencia definitiva. Ya en su anterior novela, *La vida privada de los árboles*, se nos decía que “Daniela nunca ha hablado de ese recuerdo del que sin embargo se ha valido muchas veces para construir vínculos”. Vínculos no sólo dentro la novela (la engañosa o precaria y sin embargo intensa relación entre pasado y presente) sino con el conjunto de su obra: el protagonista escritor, el personaje que proviene de una familia sin muertos, la profesora de inglés, el papel de los personajes secundarios, los personajes que carecen de nombre y, sobre todo, este ir bus-

cando a tientas “su nuevo lugar en un juego cuyas reglas desconoce”.

La presencia de la escritura no es un juego literario ni tiene nada que ver con la manida intertextualidad. Asistimos a un continuo proceso de desdoblamiento provocados por un presente indigno: el de una generación que nació con Pinochet y que vive el regreso de la derecha –“voto con un sentimiento de pesadumbre, con muy poca fe. Sé que Sebastián Piñera ganará la primera vuelta y seguro que también ganará la segunda. Ya se que perdimos la memoria”– y que les convierte en “enamorado del fracaso”.

Un fracaso que se manifiesta a todos los niveles: el familiar de los padres sin hijos y los hijos sin padres, el de los amantes sin amor y el del amor sin amantes, el literario, en el libro que no interesa a quien tiene que interesar y que tampoco da ninguna respuesta. En un continuo regresar a casa en busca de algo que no se va a encontrar y que obliga a huir de nuevo para constatar una nueva pérdida.

La novela tiene una estructura muy sólida en un intento por contener y dar forma a la ambigüedad. De la noche del terremoto de 1985 al de 2010 se tiende un puente sobre el vacío. En el pasado, el anónimo narrador nos cuenta su relación con Claudia, su tarea de espionar al tío de ella, ignorado las razones porque ella misma las ignora. Vivimos en una época de represión, de secretos, de silencios. Este pasado nos lleva al presente, ahora con Eme que se fue de la casa para regresar e inevitablemente irse de nuevo. El aparente desinterés de ella por la novela que él está escribiendo (y que nosotros estamos leyendo) coincide con la imposibilidad de saber lo que hay de realidad en nuestro pasado, en la necesidad de encontrar y de encontrarse cuando al final lo único que les queda es la soledad y el fracaso. Y todo el esfuerzo del narrador está en “perseguir largamente imágenes esquivas y repasarlas con cuidado. Verlas mal pero verlas”. La mayor virtud del libro está, precisamente, en haber creado una intensidad narrativa (en lo político, en lo sentimental, en lo intelectual, en lo generacional) con una realidad que se nos escapa continuamente de las manos. |



El escritor Alejandro Zambra

ANAGRAMA